

Antonio Pereira

José A. Ponte Far

SE nos fue con la misma discreción con la que vivió. Llevaba años con problemas de movilidad, con unas piernas perezosas, pero lo disimulaba todo lo que podía con la ayuda de su inseparable Úrsula. Vivía en el mundo de las letras con la humildad franciscana del que no se da importancia, siendo, como era, uno de los grandes de la narrativa española. Sin ninguna duda, el escritor con mejor mano para el relato corto. Un maestro del género, empezando ya por la narración oral, con el don de la palabra, el dominio del ritmo y el sabio manejo de las pausas. Todos los que lo conocimos nunca supimos con certeza si admirar más al magnífico tipo que era, o las excelentes historias con que nos obsequió de palabra o por escrito.

Sorprende su facilidad para convertir lo cotidiano en literatura. En una anécdota trivial lograba encontrar el sesgo mágico y oculto que habría de convertirla en un texto literario. La mayoría de sus cuentos nacen de ahí, de su experiencia vital y de su capacidad poética para ver el lado oculto de las cosas. A modo de ejemplo: en su último libro, *La divisa en la torre*, recrea un momento de ocio con su amigo Antonio Gamoneda, los dos tomando un vino y hablando de cuestiones poéticas, pero sin perder de vista sus respectivos pastilleros, armas necesarias para los achaques de ambos, dos espléndidos hipocondríacos. La conversación es agradable; para terminar un poco de queso pidieron otros vinos, que a su vez tuvieron que compensar nuevamente con otra tapa de queso, que como era abundante, necesitó otro vaso... Total, que cuando uno recordó que había que tomar tal pastilla, el otro respondió, tajante: «¡Que le den por el saco!». El ansia de vivir, de disfrutar del momento, de la conversación en compañía de amigos es una constante en la vida y en la literatura de Pereira.

Hombre apacible y generoso, pendiente siempre de quienes empezaban en el difícil mundo de la literatura. Lo explica muy bien una anécdota que le escuché a Juan Carlos Mestre, poeta de Villafranca, vecino de Pereira. Mestre era un chaval muy aficionado a leer, también a escribir (ganaría más tarde el premio Adonais, de poesía). Hijo de un panadero, tenía que ayudar en casa, y los días de feria en el pueblo, salía con una gran cesta a vender bollos entre la gente, deseando encontrarse con Pereira, porque sabía que Antonio procedía siempre igual: le pagaba

el importe del pan que llevaba en la cesta y le decía: «anda, rapaz, vete para casa a leer».

Nos quedamos, pues, sin la presencia noble y patriarcal de Pereira, sin sus visitas frecuentes a Galicia, cuna de *Las ciudades del poniente*, uno de sus grandes libros de cuentos. Pero nos queda su obra, y en ella su espíritu, su inteligencia y su ironía.